

TRES APUNTES PARA UNA DISCUSIÓN SOBRE LA ESTETIZACIÓN POLÍTICA MEDIANTE LA FIGURA DEL FANTASMA

Citación: MARZO, J. L. (2017). “Tres apuntes para una discusión sobre la estetización política mediante la figura del fantasma”. En MONTESINOS, A.; NAVARRO, M.; OLMO, S. (eds). *Tentativas críticas #2*. Santiago de Compostela: CGAC, pp. 27-28



La estetización de la política

Para Platón, *phántasma* definía a una imagen que devora a su referente, o que, incluso, carece de él. A diferencia del *eikón* (icono), que es la imagen-copia o doble producido técnicamente según las “proporciones del modelo” y que es semejante a él, el *phántasma* es una imagen que pretende usurpar el lugar de aquello de lo que es aparente imagen. El *phántasma* no tiene ninguna intención de seguir las proporciones del modelo, como las sombras de su famosa caverna, sino que aparece como semejante sin serlo, falsea su apariencia de doble haciéndose pasar por quien no es, y al aparecer genera un “parecer” (*dokéo*), una sugestión subjetiva y engañosa de apariencia (*dóxa*) que es compartida por todo aquel que lo contempla. Por consiguiente, el peligro del fantasma, que Platón asocia a la idea de simulacro, de ficción, de *phantasia* o falsificación, radica en que no es una copia, sino otra cosa que quiere ocupar el lugar de lo original, que desea una autonomía que pervierte o corrompe el reflejo cierto de lo verdaderamente real.

Este es el principio de la estetización de la política: una política de las imágenes que ya no se deben a nada. No hay, por consiguiente, una estetización de la política en términos de un mero programa de embellecimiento de la oratoria o la acción política, sino un vaciado de la política en cada una de sus imágenes. La política como *politiké techne*, como el arte de vivir en sociedad, pero también como *paid-agogia*, “llevando al niño de la mano”; en ambos casos, la política se ha hecho fantasmagórica porque ha desaparecido

como actor vinculante. Se estetiza la política porque ésta ya no puede *afectar* a lo que no existe. Ese es su *d_efecto*: una iconografía pública que pretende mostrar lo que se ha sustraído, no en las imágenes, sino en la realidad, creando transparencias *ad limine*. Las imágenes son fantasmales porque no pueden reproducir el proceso de *invisibilización* al que está sometida gran parte de la realidad social. Las imágenes dan cuenta de ese proceso y son agentes. El lenguaje de la política visual actual está vaciado de política porque no hay política, sino un mero *débrouillez-vous*: apañáoslas. Las realidades que produce esa diáspora han mutado en un sistema cacofónico de fantasmas. La desactivación del mito de la capacidad transgresora y motor de mutaciones de las prácticas culturales nace precisamente cuando la cultura se promueve frente al fracaso de lo político, cuando la pretende sustituir. La cultura no puede sustituir el vacío político de las imágenes porque sería cómplice de la ausencia de realidad.

La estetización de lo político

A juicio de Platón, a diferencia del resto de imágenes, que ya son para él de poco fiar, el *phántasma* es especialmente dañino porque es un simulacro de la sombra misma, porque no se atiene a una vinculación necesaria con lo real que aparentemente dice representar. El fantasma, por tanto, no podría ser acusado nunca de falsedad. En *El sofista*, Platón sostiene que aquello que existe pero que no tiene que ver con la verdad, tampoco quiere decir que la niegue o se oponga a ella. Eso es lo que le da miedo a Platón: la existencia de una imagen *monstruosa* cuya deuda con la realidad se habría esfumado, y que viviría como un parásito; una imagen con un lenguaje *ajeno*, con vida propia y en república.

Esta es la perspectiva central de una gran parte del activismo político actual. El uso de las formas lúdicas, del accionismo, la teatralidad, la *phántasia*, la paratextualidad, la infiltración, el camuflaje o la ventriloquía es cosa propia del fantasma imaginado por el griego. Los formatos diferenciados del sindicalismo y *fluxus* se han acabado fusionando porque todos sus actores creen compartir

la condición pirata del fantasma, que Ana Carrasco ha llamado “ingobernable”, “carente de regla”, porque “que ocupa el lugar que debiera ocupar o bien la copia fiel o bien el original mismo”. La estetización de lo político pasa pues por la adopción de lenguajes y medios agrupados bajo un mismo sentido de falta de propiedad (puesto que nada representa) y de *desapariencia* (ya que opera como un parásito). Si sólo es factible operar en el espacio amorfo y lisérgico en el que se alucinan las diversas definiciones y redefiniciones históricas de lo humano, las condiciones del fantasma pueden ser de gran utilidad y eficacia. A la fantasmagoría de la economía de signos, el fantasma opone su fantasía. Otra de las razones por las que Platón se acostaba con miedo por la noche: el colmo de la imagen es cuando su falsificación es ya indistinguible del original.

Eficacia y visibilidad

Ante el vaciado político de imagen, queda oponer un relleno proporcional: iconoclastia e idolatría son las principales armas clásicas, pero se quedan cortas. Tenemos que inventar nuevos instrumentos: con nuestras manazas de Hulk no podemos operar hormigas. La tarea del fantasma no es, naturalmente, imaginar qué realidad le corresponde a cada imagen –esto no es posible, barruntó Platón, puesto que el fantasma no se debe a nada-, sino porque las realidades no disponen de su imagen. No se trata, por consiguiente, de empoderar a las imágenes con realidades, sino de constituir una política de las imágenes que permita que las realidades tengan sus propias imágenes y que las imágenes sin realidad se revelen como lo que realmente son: otros fantasmas que operan al servicio de otras realidades ocultas.

Ello conlleva la forzosa invisibilidad del artista y del activista. Todos los que operen bajo una sábana blanca y brillante la cagan. Es una cuestión de eficacia. El fantasma con ganas de liarla, esto es, de devolver un sentido político a la imagen, de rehacer de alguna manera la *politiké techne*, el arte de la vida social, debe tener voluntad de *desartistización* y de *extrañamiento*, de utilizar la invisibilidad artística a modo de instrumento para dejar ver la realidad

invisibilizada. Giorgio Agamben dice que, en su fase extrema, el capitalismo no es otra cosa que un gigantesco dispositivo de captura de los comportamientos profanatorios. Una de las pocas soluciones es la del fantasma: “La profanación de lo improfanable es el deber político de la próxima generación”. Tan gigantesca es la voracidad del signo fantasmal por capturar y anular la profanación, que el propio Agamben teme que la vida *invisible* acabe también fácilmente radiografiada. Lo profano es, de todas formas, aquello que, habiendo sido sagrado, es restituido al uso y a la propiedad de los hombres. Su devolución debe ser una tarea desestabilizadora que acaso deba conducirse mayormente como un “teatro sin espectadores” (Rancière), con acciones realizadas por unos cuerpos en movimiento frente a otros cuerpos vivientes que deben ser movilizados porque éstos últimos han renunciado a su poder.

Octavi Comeron habló de la idea de *obstruccionismo* o *negacionismo* para proponer, primero, la obstaculización voluntaria de la interpretación de las obras bajo los habituales criterios formales y contextuales del Espacio Arte sin haber pasado antes por un análisis de sus formas de producción; y segundo, el dejar de engrasar el fluido mundo de las correas de transmisión que hace que las apariencias adquieran paulatina y virtualmente valor añadido. La economía actual del signo está basada en la *inversión* de sentido y realidad en él; se trata de una relación *invertida* en la que la imagen ya no bebe de la realidad y de paso *invierte* en la creación de una. Los fantasmas de las pequeñas repúblicas hacen lo mismo, también invierten para conseguir realidad en el lenguaje. La diferencia está en el grado de veracidad, algo peculiar en un espectro. Tradicionalmente, la imagen estética era más falsa que la que no lo era, pues la primera era producto del artificio. Con el fantasma, la imagen estética quiere ser más verdadera que la que no lo es, quiere ser más verosímil, desvelar lo que es acallado y seguir expandiendo la república. Haciendo desaparecer el artificio.

Ardua tarea para un espectro.